

**UN GRAFITO TARTESIO
HALLADO EN EL YACIMIENTO
DEL CASTILLO DE DOÑA BLANCA
(PUERTO DE STA. MARÍA, CÁDIZ)**

José A. Correa
José Á. Zamora

INTRODUCCIÓN

El yacimiento del Castillo o Torre de Doña Blanca, situado en la orilla Oeste de la Bahía de Cádiz (en el término municipal de El Puerto de Santa María, fig. 1), corresponde a los restos de un gran asentamiento fenicio,¹ ocupado aproximadamente desde los inicios del s. VIII hasta los finales del s. III a. C.²

El yacimiento ha proporcionado un buen número de hallazgos epigráficos,³ en su mayor parte grafitos sobre cerámica⁴ característicamente fenicios.⁵ Son especialmente relevantes los procedentes de los primeros

¹ Al principio, el yacimiento se tomó como un asentamiento indígena “fenicizado”, pero el director de las excavaciones, el prof. D. Ruiz Mata, ante los resultados de las sucesivas campañas, concluyó que se trataba de un asentamiento fenicio de nueva planta, el más antiguo e importante en la zona. Véase Ruiz Mata – Pérez (1995), Ruiz Mata (1999). Agradecemos al prof. Diego Ruiz Mata, así como a la arqueóloga Carmen Pérez, la ayuda prestada y la gran cantidad de información proporcionada durante el estudio de los documentos del yacimiento, además de su paciencia durante la revisión conjunta de todos ellos.

² Las dataciones arqueológicas corresponden a cronologías tradicionales, basadas en un estudio “hiperpositivista” de los materiales cerámicos, véase Ruiz Mata (1999: 305).

³ Véanse Cunchillos (1990; 1991; 1992; 1993; 1994) con los primeros hallazgos. La multiplicación de testimonios (llegaron a ser seleccionados hasta 70 documentos) hizo conveniente acometer su estudio conjunto, de próxima publicación, y la presentación preliminar de varias síntesis, véanse Cunchillos – Zamora (2004), Cunchillos – Zamora (2005 e. p.).

⁴ Aunque los hay también sobre piedra y metal, y algunos son pintados. Son breves, muchos meras marcas (grafemáticas o no), pero una veintena presenta más de un grafema y existen, incluso, inscripciones de varias líneas, véase Zamora (2005), Cunchillos – Zamora (2005 e. p.).

⁵ Por grafía y contenido: algunos de los epígrafes recogen antropónimos típicamente fenicios, con elementos teonímicos como Baal o Eshmun). Véanse de nuevo Cunchillos – Zamora (2004), Zamora (2005), Cunchillos – Zamora (2005 e. p.).

niveles de ocupación,⁶ pues se encuentran entre los más antiguos testimonios escritos peninsulares hasta hoy conocidos.

Los documentos aparecen en prácticamente todos los lugares excavados,⁷ con mayor concentración, como es lógico, en aquellas áreas donde con más intensidad se ha trabajado, como la zona sureste del yacimiento. Allí se halló, en niveles con materiales de principios-mediados del s. VII a. C., el documento que ahora presentamos: un grafito en caracteres tartésicos sobre un fragmento de cerámica fenicia occidental de engobe rojo.

LUGAR DEL HALLAZGO: CONTEXTO Y DATACIÓN ARQUEOLÓGICOS

El nuevo grafito fue hallado en la vertiente norte de esta zona suroriental (fig. 2). El área sureste es extraordinariamente rica en hallazgos epigráficos: hasta cuarenta piezas presentan grafemas o signos similares a grafemas fenicios. Algunos de estos hallazgos son de gran interés. Por ejemplo, durante la misma campaña en la que se halló la inscripción que ahora estudiamos, aparecieron en la zona (en niveles algo más antiguos) los restos de un magnífico enócoe inscrito (TDB 91079), así como un excepcional ostracón (TDB 91008) en niveles similares a los de la pieza que aquí publicamos (aunque en contexto diferente).

El nuevo documento apareció en el estrato denominado BA, uno de los niveles de relleno con los que se cubrieron las viviendas fenicias que ocupaban la zona durante el s. VIII a. C. El nivel está formado por materiales de desecho (cerámicos, orgánicos) y restos constructivos (sobre todo de tapiales). Los arqueólogos datan el nivel en “pleno s. VII a. C.”,⁸ en consonancia con la tipología de los restos que lo integran. En el mismo estrato apareció p. ej. también (aunque años después) la inscripción fenicia TDB 02002 (un grafito consistente en un antropónimo fenicio —fragmentario— teóforo de Baal).

DESCRIPCIÓN DEL SOPORTE

La pieza, hallada en 1991, fue inventariada con el número arqueológico TDB/91/C.2.2/BA/nº 251. Se trata de un fragmento de cerámica de engobe rojo, la típica cerámica fenicia occidental, identificada por los arqueólogos del yacimiento —en éste como en otros casos— como de factura local (lo que implica, con bastante probabilidad, que el ciclo fabricación-uso-deposición del objeto original se produjera enteramente en el puesto, o como mucho en su zona, y que por tanto también la inscripción le fuera añadida en el área de Doña Blanca).

⁶ Del s. VIII al VII/VI a. C. Véase Zamora (2005), Cunchillos – Zamora (2005 e. p.).

⁷ Con base epigráfica, no se distinguen particularmente unas zonas del asentamiento de otras (no hay indicios de presuntas “zonas fenicias” frente a “zonas indígenas”, p. ej., ni nada que permita relacionar la epigrafía existente con un ámbito diverso del “privado”).

⁸ Comunicación personal de D. Ruiz Mata. El estrato BA se sitúa directamente sobre el estrato BF, a su vez perfectamente distinguible del estrato inmediatamente anterior, BH. Los tres niveles presentan el mismo tipo de materiales, que van desde los inicios del s. VII a. C. (BF y BH deben ser de la primera mitad, el primero algo más antiguo que el segundo) a un momento ya más avanzado (pleno siglo VII a. C., el estrato BA).

El fragmento, casi cuadrado, de unos 50 x 50 mm, corresponde al ala de un plato (véanse figs. 3a y 3b) que originalmente debió medir 208 mm de diámetro, con 47 mm de ala (véanse figs. 4a y 4b). La única arista íntegra del fragmento es en efecto una sección del borde exterior curvo del plato, mientras que la arista contraria, una rotura, casi coincide con la curva paralela del borde interior del ala. Las otras dos aristas son roturas casi rectas, oblicuas a las curvas del torno. Debe hacerse notar que uno de los ángulos de la pieza presenta un desgaste homogéneo (similar a un lijado), sin que pueda decirse si corresponde a un trabajo intencionado (sin motivación aparente) o a otro tipo de desgaste. Sobre la naturaleza casual o intencionada de las roturas y sobre la orientación del fragmento hablaremos a continuación.

Cuando, tras su limpieza, se individuó el grafito, la pieza fue separada para su estudio junto a otras posibles inscripciones, algunas de ellas claramente fenicias. Se le dio el número epigráfico TDB 91004 (por tratarse de la cuarta posible inscripción fenicia correspondiente a aquella campaña). El estudio detallado de la pieza no comenzó en realidad hasta el año 2003, en el que se advirtió la naturaleza excepcional de la inscripción.⁹

CARACTERÍSTICAS GENERALES DEL GRAFITO: POSICIÓN, DESCRIPCIÓN, TÉCNICA

La incisión se realizó sobre el borde interior (superior, engobado) del plato (una superficie levemente convexa). Si se hubiera efectuado sobre el plato íntegro, sería clarísimamente visible. Nótese que muchas marcas no grafemáticas y muchos grafitos fenicios de propiedad (aunque no todos) se encuentran en cambio en los fondos de las piezas, más ocultos. El tamaño de los signos incisos es también notable, en relación a los más pequeños grafemas fenicios presentes en piezas similares.

Se trata de un auténtico grafito, arañado post-cocción en el engobe; dada la profundidad de los trazos, algunas incisiones se hunden incluso en las capas inferiores de la cerámica. Los trazos se combinan formando dos conjuntos claros, dos signos diferentes, completos, de perfil triangular uno y más o menos rectangular el otro. Un resto de trazo en una de las aristas de la cerámica podría hacer pensar en un tercer signo, y una muesca más dudosa en la arista contraria quizá en un cuarto (véase fig. 5).

Las líneas se dibujan, sobre todo en el caso de uno de los signos (el rectangular), de forma muy tosca, gruesa, repasada; algunas líneas se alargan claramente más allá de su destino, y algunos trazos parecen haber sido

⁹ En las primeras publicaciones y síntesis sobre la epigrafía de Doña Blanca la pieza es incluida entre las fenicias, véase p. ej. Cunchillos (1994). En Cunchillos – Zamora (2004) se decía ya en cambio: “Un caso interesante, aparentemente al margen de todos los anteriores, lo proporciona TDB 91004. Fragmentario, muestra algunos signos de lo que pudo ser una serie más larga. De un tamaño mayor del esperado, de trazos muy marcados y formas esquemáticas, pero no regulares, los signos recuerdan vagamente a posibles variantes o prototipos de algunas letras fenicias, sin que resulte claro sin embargo que se trate de este alfabeto”. Aunque TDB 91004 figura aún en las tablas de Cunchillos – Zamora (2005 e.p.), en Zamora (2005), se excluye ya el documento del grupo considerado fenicio.

incisos por error y descartados.¹⁰ La dificultad de la incisión (que no parece que haya sido realizada con un instrumento demasiado apropiado) podría explicar estas tosquedades (mayores donde el sentido de los trazos no podía ni acomodarse ni hacer bien frente a las líneas del torno) que explicarían a su vez el gran tamaño de los signos. Por otro lado, se advierte paralelamente la clara pretensión del autor del grafito de dibujar las formas conservadas —y no formas casuales— incluso con cierto cuidado por el resultado final: todas las líneas buscan unirse a otras en sus vértices o partes intermedias sin sobrepasarlas y, aunque en más de un caso lo hagan, las prolongaciones resultan casi siempre de incisión más sutil, señal de que se trata de una parte del trazo no pretendida.

La relativa regularidad del fragmento cerámico y de sus aristas, así como la distribución de los signos visibles sobre la superficie conservada (en la que aparecen más o menos bien centrados) llevan a preguntarse si la incisión de los signos no fue realizada después de la rotura del plato (fracturado intencionadamente o reaprovechado), a modo de ostracon. Sin embargo, no hay argumentos concluyentes y podría haberlos en contra: los posibles restos de trazos en las líneas de fragmentación, si corresponden a signos perdidos, serían en cambio indicio de que, como mínimo, el soporte original de la inscripción era de mayor tamaño.

ORIENTACIÓN PREVIA A LA LECTURA

Con anterioridad a la interpretación de los signos conservados, es difícil apreciar indicios materiales que ayuden a orientar la pieza para su lectura. Los signos visibles parecen distribuirse en un eje más o menos tangente al círculo interno del plato.¹¹ A lo largo de este eje ocupan más o menos toda la longitud del fragmento, más próximos a la parte interna del ala del plato que a la externa. El trazo claro existente en uno de los bordes de la pieza, si se tratara de la parte conservada de un tercer signo, continuaría tal línea de sucesión de forma más o menos tangente al círculo interno.¹² La huella similar visible en la rotura contraria, aunque más dudosa, podría indicar lo propio.

Para confirmar este eje de escritura y deducir la sucesión de trazado de los grafemas, deben añadirse a estos indicios los proporcionados por el trazado de cada uno de los signos y su posición relativa. Siempre con anterioridad a toda interpretación de los signos, son ya llamativas algunas de

¹⁰ En uno de los signos, el de forma triangular, aparecen trazos internos, que tienen casi el mismo grosor que los externos y parecen estar hechos con la misma herramienta. Se interrumpen además en el borde del triángulo, sin que ningún trazo salga al exterior, como si su trazado fuera intencionado. Pero su apariencia es en realidad irregular. Tampoco parecen corresponder a otros grafemas (ni previos, ni añadidos, ni combinados). Por su orientación (se dirigen todos hacia un ángulo de la figura) parecen fruto de diversos intentos fallidos de trazar el signo.

¹¹ Si los signos inscritos fueran fenicios, este eje debería ser horizontal, conllevando la orientación de la pieza con el labio del plato hacia la parte superior, algo, como veremos, problemático.

¹² Tangente en un punto de la zona conservada. Si se tratara de una sucesión más larga de grafemas, la línea de escritura pudo también ser o hacerse paralela al círculo interno, conllevando una eventual rotación del plato (o fragmento de plato) al incidirse.

sus características. Por ejemplo, la figura triangular resulta prácticamente simétrica con respecto a su eje vertical si se orienta con su lado corto hacia abajo o hacia arriba. Si se sitúa el ángulo menor hacia arriba y el lado corto como base, se entiende quizá mejor su trazado: en esta posición, el ángulo superior del triángulo presenta una perfecta unión entre trazos, mientras que al menos el ángulo inferior derecho tiene en cambio un característico cruce por exceso. Habría diferentes explicaciones a estos hechos, pero la probablemente más sencilla lleva a considerar que la figura se trazó orientando el borde del plato a la derecha y dibujando alguna de sus líneas verticales de arriba a abajo. Nótese también la proximidad de este signo triangular al borde interior del ala, que sería de este modo el límite izquierdo de la pieza. El signo de perfil rectangular podría haber sido trazado de igual manera, aunque sus líneas, más toscas y, en algún caso, aparentemente repasadas, no permiten deducciones seguras. Otra cosa es su forma y posición: si mantenemos la pieza orientada con el borde del plato a la derecha, el signo no se sitúa ni claramente encima ni claramente a la derecha del signo triangular, pero parece de algún modo acomodarse al espacio dejado por el otro, o viceversa. Aunque no es en realidad claro cuál fue el orden de incisión (¿el signo triangular anterior al rectangular?), tanto menos si consideramos la posible presencia de otros signos perdidos, es evidente que se trazaron, en relación, para ser leídos consecutivamente.

Como resultado, cualquier interpretación del grafito en clave fenicia, ya antes de cualquier intento de lectura, resulta muy problemática, como confirmará la contraposición de sus signos al general de los grafemas fenicios.

LOS SIGNOS DEL GRAFITO Y LOS GRAFEMAS FENICIOS

Los signos visibles se diferencian con claridad de cualquiera de las letras fenicias presentes en Doña Blanca. No sólo por su posición y tamaño: no presentan ni la morfología ni el *ductus* de la escritura fenicia de la fecha del soporte (s. VII a. C.) y, con propiedad, no corresponden tampoco a los de ninguna otra fecha.

Veámoslo con más detalle: orientando la pieza con el borde del plato hacia arriba (una orientación, como veíamos, improbable) el signo triangular podría recordar a la letra fenicia *dalet*. Pero debería tratarse de una *dalet* mucho más antigua: sólo las inscripciones fenicias más arcaicas (de difícil datación, pero no posteriores en ningún caso al s. X a. C.) presentan formas parecidas, sin ápices inferiores. Y ni siquiera así resultan idénticas al signo del grafito. El otro signo podría recordar groseramente a la letra fenicia *het*, pero sólo, de nuevo, si lo comparamos con formas muy antiguas y las imaginamos esquemáticas (y algo extrañas, sobre todo considerando todos los trazos visibles en nuestra pieza). Aún así, nuevamente, el signo del grafito resulta difícilmente fenicio: es excesivamente cerrado, está trazado con gran inclinación y, si se orienta la pieza para dar sentido a la *dalet*, esta inclinación es inversa a la obligada por la escritura regular.¹³

¹³ Por el modo en el que eran trazados, la mayor parte de los signos fenicios —incluida la *het*— inclinaba su eje vertical de arriba-a-la-izquierda a abajo-a-la-derecha; los pocos

Si estuviéramos obligados a aceptar el carácter o la inspiración fenicia directa de estos signos, sin restricciones cronológicas, deberíamos (¡como mucho!) suponer que nos hallamos ante un pseudoepígrafe, ante una incisión de grafemas,¹⁴ muy arcaicos o arcaizantes (?), dibujados por una mano no habituada a escribir, que copiaba o quizá imitaba letras fenicias sin dominar su trazado y sin conocer quizá su sentido (pero que extrañamente daba a los signos formas intencionadamente bien definidas). Si imaginamos tal cosa en un contexto occidental del s. VII a. C., tal explicación no es ya débil, sino imposible: la inspiración de los hipotéticos pseudografemas no podía ser el alfabeto fenicio contemporáneo, ya considerablemente cursivo y sin rasgo pictográfico o geométrico alguno, ni ningún hipotético prototipo de las letras aún en uso entre los fenicios, ni siquiera durante el aprendizaje. Los únicos sistemas gráficos que en la zona y época del grafito podían mantener tales características no eran fenicios, sino locales, “tartésicos”. Y, llegados a tal punto, la consideración del grafito como fenicio o de inspiración fenicia, como arcaizante o pseudoepigráfico, deja de tener sentido, frente a la mucho más lógica —y, como veremos, fértil— interpretación en clave local (que puede resolver directamente la identificación de los signos del grafito como grafemas tartésicos y explicar, en razón de su antiguo parentesco, las posibles similitudes de éstos con grafemas arcaicos fenicios).

LOS SIGNOS DEL GRAFITO Y LOS GRAFEMAS TARTESIOS

En efecto, aceptando provisionalmente que la orientación de la escritura es dextrorsa el que resulta ser signo primero (**t^u**) tiene la forma de un triángulo isósceles, que es la única conocida en la epigrafía sudoccidental (Correa 1993: 541-542),¹⁵ abundando los casos en que presenta una forma claramente apuntada.¹⁶ Los tres trazos interiores que aquí le acompañan se muestran claramente, como se ha indicado, como ajenos al signo (tampoco forman por sí mismos otro signo). Se trata de un signo silábico panhispánico que, por su morfología y posición en el signario de Espanca, es claro que continúa la letra fenicia *dalet*, con el valor fonético de [tu, du] en los semisilabarios levantino y sudoriental, aunque en este último las pruebas de este valor son escasas (Correa 2004: 88). Por identidad formal se supone la

grafemas con inclinación contraria son tan característicos como diversos de los signos del grafito estudiado.

¹⁴ Es difícil que se trate de simples marcas no grafemáticas, meros signos geométricos de marcado: aunque uno de los grafemas (el similar a la *het*) es parecido a marcas muy habituales, el signo triangular no es en cambio común, y son muy extraños su trazado cuidadoso, su doble presencia y su posición.

¹⁵ Incluido un grafito de Medellín (*MLH* IV, 112-113, n° 26; Almagro-Gorbea 2004). En consecuencia es dudosa la interpretación del signo en forma de triángulo rectángulo de J.12.5 (Corte de Azinheira, Gomes Aires, Almodóvar), cuya línea de base es realmente la cartela (por fractura no es identificable el signo que seguiría). En J.15.1 (Pardieiro, São Martinho das Amoreiras, Odemira), inscripción en la que algunas letras están, al parecer, incompletas, aparece asimismo un signo de trazado similar, aunque con la “hipotenusa” curvada, y sin línea de base, que se interpreta como **t^u** por seguirle **u**.

¹⁶ Ejemplos más extremos son J.1.5 (Fonte Velha, Bensafrim, Lagos), J.12.2 (Herdade de Abóbada, Gomes Aires, Almodóvar), J.14.1 (Alcoforado, São Teotónio, Odemira), J.25.1 (signario de Espanca), J.51.1 (Puente Genil).

misma correspondencia fonética en el semisilabario tartesio, que viene reforzada por ir seguido sistemáticamente este silabograma en el uso redundante por **u**.¹⁷

Más problemas plantea el signo segundo, formado por un rectángulo vertical con dos trazos internos horizontales irregularmente distribuidos. Mientras que el trazo interno superior queda muy cerca del trazo superior del rectángulo, el trazo interno inferior está alejado del trazo inferior del mismo. Esta disposición, aunque no tan marcada, es la misma que se advierte en los dos únicos paralelos de este signo en la epigrafía tartesia: en un grafito hallado en Huelva (Fernández Jurado - Correa 1988-1989: fig. 3, nº 6),¹⁸ datable entre 590 y 570/560 a. C., y en una estela¹⁹ (J.1.3, Fonte Velha, Bensafrim, Lagos). En este último caso sigue el signo **e**.

Este signo sólo puede estudiarse en relación con un conjunto de signos, documentados en las estelas y en tres grafitos cerámicos. Nos referimos a los signos que podríamos llamar “escalares”²⁰ por su forma genérica de escala o escalera, a los que conviene añadir el formado por un simple rectángulo vertical, aunque en origen sea muy probablemente una mera figura geométrica. En la fig. 6 aparecen estos signos, de menor a mayor complejidad formal y numerados para hacer más cómodas las referencias. Todos los signos, con alguna excepción, van seguidos de un signo vocálico, por lo que parece que este es el mejor criterio para su estudio, señalándose para cada combinación el número de ocurrencias seguras. Y como además hay casos dudosos, se añaden las cifras correspondientes entre paréntesis. Veamos primero la situación signo a signo, para luego sacar las consecuencias pertinentes.²¹

Signo-1 (rectángulo vertical).

+ **o** (14; ¿1?). En uno de los dos casos que aparecen en J.7.1 tiene, según *MLH*, un trazo interior (en la mitad superior del signo), por lo que podría ser signo-2. De las catorce ocurrencias seguras, en J.7.8 el signo está incompleto, pero parece seguro; en J.8.1 y J.16.7 del signo que le sigue sólo se aprecia la parte inferior del asta, por lo que puede ser perfectamente **o**.

+ **a** (1; ¿2?). En J.6.2 el trazo superior es algo curvo y el signo está fragmentado en su comienzo, pero difícilmente podría ser otro. Igual singularidad en el trazo superior se presenta en un caso de X.2, al que le sigue propiamente **ka** (según el editor), no **a** (pero tal vez falte el trazo interior). También en X.2 hay otro caso, si bien el signo-1 está sobre la línea a modo de adición al texto ya grabado.

¹⁷ Al margen del grafito de Medellín citado sólo J.12.2 no presenta redundancia (le sigue **t̄i**).

¹⁸ Fragmentado, pero perfectamente identificable.

¹⁹ En esta inscripción el trazo inferior es parte de lo que resulta ser línea única de la “cartela” (contra lo usual la parte superior de los signos mira al interior de la estela).

²⁰ Este neologismo semántico ha sido usado por primera vez por Correa (2005: 298, n. 16).

²¹ A fin de facilitar las referencias, en lo que aquí interesa, de las estelas publicadas con posterioridad al volumen IV de los *MLH* y de los grafitos, referenciados o no en este volumen, se dan a continuación unas signaturas convencionales. Estelas: X.1 (Folha do Ranjão, Baleizão, Beja [Faria - Monge 1998]), X.2 (S. Martinho, S. Marcos da Serra, Silves [Guerra 2002]). Grafitos: X.3 (Villasviejas del Tamuja, Botija, Cáceres [Hernández 1985]), X.4 (Medellín [*MLH* IV, p. 112-113, nº 26]), X.5 (Huelva [Fernández Jurado - Correa 1988-1989, cf. *supra*]).

+ **e** (1; ¿1?). Ambos casos en X.2, pero en uno parece más bien signo-4, pues el trazo superior (horizontal) es claramente superado por los trazos verticales (falta el inferior); el otro caso, sin embargo, es seguro.

Es posible que aparezca además en Espanca (J.25.1, nº 19), por tanto, sin secuencia, y en J.53.1 seguido, al parecer, de D (escritura sinistrorsa). En ambos casos falta el trazo inferior.

El alto número de usos ante **o** lo convierte en un silabograma secuencial, que se supone que es labial (**p**^o) porque un signo idéntico lo es en el semisilabario levantino (**bu**).²² Es posible que en los dos casos de **e** se trate realmente de una confusión del grabador por el signo-4. Queda sin explicar el único caso seguro ante **a**, a no ser que se conjeture una omisión involuntaria de **o**.

Aparentemente es un signo inventado (mera figura geométrica), pero Untermann (1997: 145) cree, basándose en el testimonio de Espanca, que su origen último podría ser la letra fenicia *pe*, con trazado angular y alargamiento del pequeño trazo vertical posterior (□). La evolución última habría sido su cierre con el trazo horizontal inferior, dando origen a un rectángulo vertical (▭).

Signo-2 (rectángulo vertical con un trazo horizontal interno).²³

+ **e** (2; ¿1?). De los dos casos que aparecen en J.1.4 uno está muy fragmentado lateralmente, por lo que no es realmente seguro. También está fragmentado el de J.7.8, pero sí parece seguro.

+ **o** (¿3?). Los tres casos aparecen en J.5.1, pero hay problemas de lectura, pues Gomes (1997) no lee uno de ellos por deterioro de la piedra.²⁴

+ **a** (¿1?). En opinión de Correa (1992: 97, n. 55) podría ser **u** en una inscripción descuidada o rectificada (J.11.1).²⁵

Signo-3 (rectángulo vertical con dos trazos horizontales internos).

+ **e** (1). Como se ha indicado, aparece en J.1.3, ligeramente inclinado en escritura dextrorsa.

Además, lógicamente, de nuestro grafito aparece, como se ha dicho, en el grafito X.5 (Huelva), fragmentado y sin posibilidad de saber si le seguía otro signo.

Signo-4 (derivado de *het* con dos trazos horizontales o inclinados internos).

+ **e** (9). Hay, entre los nueve registrados, tres casos de signos fragmentados (J.4.3, J.18.1, J.18.2), pero parecen seguros.

+ **a** (2). Aparece en J.1.4 y J.28.1 (fragmentado pero seguro).

+ **o** (1; ¿1?). Aparece en J.28.1 y, posiblemente (hay discrepancias de lectura), en J.5.1 (Correa 2002: 407-408).

+ **u** (1; ¿3?). Es seguro en J.7.6. En dos casos (J.1.3, J.1.4) presenta un tercer trazo interno muy incompleto,²⁶ por lo que podría ser signo-5. Es

²² No hay pruebas seguras para el semisilabario sudoriental (Correa 2004: 91).

²³ No hay tendencia clara sobre la posición relativa del trazo interior.

²⁴ Correa (2002: 407-408). En *MLH IV* en un caso el trazo interno no está completo y el signo parece más bien signo-4 (lo mismo, pero sin trazo interno, en Gomes).

²⁵ Permitiría leer una palabra muy conocida, **ua(r)b^aan**.

²⁶ *MLH IV* no lo pone en J.1.4.

problemático en J.26.1, pues sigue un signo no identificable (al parecer, mera equivocación del grabador [*MLH IV*, 331]) y, a continuación, **u**.

En J.53.1 (Alcalá del Río) aparece, además de ante **e** (ya contabilizado), ante **s** y en fin de línea; en el grafito X.4 (Medellín), ante **tu**; y en el grafito X.3 (Botija), ante **r**.

Parece creado a partir de signo-5 por mera sustracción de un trazo interno. Los dos trazos interiores aparecen en general sensiblemente paralelos.

Signo-5 (igual a *het*, con tres trazos inclinados internos).

+ **u** (5; ¿1?). En una de las cinco ocurrencias (X.1) el trazo interno inferior está incompleto, pero la secuencia vocálica asegura su interpretación. En J.17.2 (inscripción perdida) podría aparecer también. Aparece asimismo en Espanca.²⁷

Signo-6 (derivado de *het* con cuatro trazos horizontales internos).²⁸

+ **u** (1) Aparece sólo en J.4.1.

Signo-7 (derivado de *het* con cuatro trazos horizontales, de los que el inferior no es propiamente interno sino que forma la base del signo)

+ **a** (1). Aparece en J.3.1.

+ **o** (1). Aparece en J.21.1.

Signo-8 (derivado de *het* con cuatro trazos horizontales internos, pero agrupados dos a dos).

+ **e** (2). Dos casos en J.1.1.

+ **a** (1). Un caso en la misma inscripción (J.1.1).

Por su forma de agrupar los trazos dos a dos, por sus secuencias vocálicas y por darse las tres ocurrencias en una misma inscripción que no tiene signo-4 parece variante formal de este.

Signo-9 (derivado de *het* con cinco trazos horizontales internos).

+ **o** (1). Aparece en J.4.1.

+ **a** (1). Aparece en J.10.1 en un ángulo de la inscripción, dando la impresión de tener seis trazos, pero se trata de la cartela.

Por tener las mismas secuencias vocálicas que signo-7 tal vez se equipare funcionalmente a este.

Se han seguido hasta ahora dos criterios para la atribución de valores fonéticos a estos signos bajo el supuesto de que son silabogramas. Correa (1987: 279-281) entiende que en los signos mejor documentados la secuencia vocálica claramente predominante corresponde al timbre vocálico del silabograma y el punto consonántico de articulación se establece según los criterios generales de desciframiento.²⁹ En consecuencia, al signo-3, que es el de nuestro grafito, debido a que en la única ocurrencia en estelas le

²⁷ *MLH IV*, 102, n° 12, donde aparece este signo, es fenicio.

²⁸ La diferencia entre signo-6 y signo-7 es que en el primero el trazo inferior es interno, mientras que en el segundo forma la base del signo. Posiblemente esto no sea por sí mismo razón suficiente para distinguir formalmente dos signos, pero, atendiendo a sus secuencias vocálicas, parece haber también una diferencia funcional.

²⁹ El autor no trata realmente la cuestión de cuál es el timbre vocálico en los demás supuestos o si se trata de un uso no silábico.

sigue la vocal **e**, lo considera con idéntico valor fonético al signo-4, que, por su elevada ocurrencia ante **e**, se presenta como silabograma de secuencia vocálica fija. Ahora bien, como los silabogramas **t^a** y **t^u** ya están identificados, por exclusión el signo-4 se translitera **t^e**, valor fonético [te, de] que también habrá que atribuir, siempre conjeturalmente, al signo-3.

Por su parte Untermann (1997: 171) adopta un criterio distinto: lo que se impone es la secuencia vocálica, de manera que cualquiera de los signos descritos más arriba cuando aparece ante **o** se translitera **b^o**, ante **e**, **t^e**, y ante **u**, **k^u**.³⁰ El resultado, sin embargo, es el mismo: al signo-3 por seguirle **e** le corresponde una transliteración **t^e** (J.1.3).³¹ También Rodríguez Ramos (2000; 2002: 208 y 210; 2004: 93) sigue idéntico criterio,³² si bien nuestro signo-3 lo considera seguido tanto de **e** (**t^e**) como de **a** (**t^a**), aunque no especifica en qué inscripción se da este último supuesto.

ORIENTACIÓN Y TRANSLITERACIÓN DEL GRAFITO

Al carecer los dos signos conservados de orientación no se puede aducir esta para establecer si el grafito es dextrorso o sinistrorso. El hecho de que **t^e** resulte inclinado a la izquierda no implica que esa fuera la dirección de la escritura: de hecho, como se ha señalado, en J.1.3 el signo tiene precisamente esa orientación en escritura dextrorsa. Tal vez más llamativo sea el hecho de que el campo epigráfico es más amplio a la derecha que a la izquierda por lo que podría pensarse que la escritura iba en esa dirección. Con todo, lo prudente es dejar abierta la cuestión y, teniendo en cuenta que hay indicios de que había más signos en ambas direcciones, procederá transliterar el grafito [tute] o [tetu].³³ Y esto nos lleva a una última cuestión: el uso no redundante de los silabogramas en los grafitos, lo que hace preferible la transliteración **tu** y **te** en vez de **t^u** y **t^e**, frente al uso redundante en las estelas.

Hay indicios suficientes para pensar que la redundancia vocálica tras los silabogramas no es originaria (Correa 1993: 553-555) y, por tanto, los grafitos con su ausencia de redundancia seguirían el uso originario. Recientemente J. de Hoz (2005: 369-371) ha conjeturado que el uso redundante sería un hábito adquirido en el proceso de aprendizaje y que en una determinada escuela de escribas “marginal, no tartésica” se habría extendido a la escritura formal de estelas, no a la práctica ordinaria de artesanos y mercaderes. Es una hipótesis razonable, pero conviene no olvidar que el uso redundante está documentado también en plena zona tartésica

³⁰ No aplica el mismo criterio cuando aparecen ante **a**, dejando a veces el signo sin transliterar.

³¹ Sin embargo en el cuadro de signos (1997: 171, signo **te** 4) lo representa con sólo tres trazos horizontales, omitiendo el inferior en la idea de que se trata de la cartela. Sin embargo a la vista del nuevo testimonio que supone nuestro grafito lo que se impone es aceptar la variante aquí descrita.

³² Considera, sin embargo, preferible por razones formales transliterar **b^u** en vez de **k^u** los signos seguidos de **u**.

³³ A este propósito no deja de ser interesante el hecho de que en el grafito de Medellín antes citado, asimismo no redundante, se lee **tetunae** (orientación sinistrorsa; aquí **te** es el signo-4).

(J.51.1 Puente Genil, J.53.1 Alcalá del Río), si bien no se extiende con la expansión de la escritura al E (semisilabario sudoriental).³⁴

CONCLUSIÓN

Conviene, en fin, a modo de resumen poner de relieve lo que aporta este grafito a nuestros conocimientos actuales sobre la escritura paleohispánica y su uso.

En primer lugar, hay que destacar que el grafito ha sido grabado sobre cerámica fenicia occidental, en un contexto de abundante epigrafía fenicia; epigrafía que atestigua además, por su contenido y factura, la presencia en el lugar de individuos de nombre fenicio con buen conocimiento del alfabeto fenicio. El grafito tartésico implica así la existencia en el puesto de un ambiente (letrado) de base cultural fenicia en evidente contacto íntimo con la cultura indígena y su(s) lengua(s), un ambiente que encaja tanto con la evidencia arqueológica general del lugar como con el hecho mismo del desarrollo y/o uso de un nuevo sistema gráfico. En segundo lugar, la escritura indígena, cuyo origen a partir de la fenicia es indudable, se nos muestra como claramente distinta de ésta (por su morfología, concepto, trazado o disposición) siendo precisamente sus singularidades las que han permitido excluir el carácter fenicio del grafito. Y, por último, es de la mayor importancia el dato cronológico preciso que aporta el nuevo hallazgo (a través de la tipología del soporte y de su contexto arqueológico) para el uso de la escritura tartesia, principios-mediados del s. VII a.C., cuestión sobre la que conviene insistir.

Hasta ahora podían aducirse con dataciones, fundadas arqueológicamente, fuera de territorio estrictamente tartesio un grafito de Medellín datado por Almagro-Gorbea (2004) c. 625 - 600 a.C. y, con menos seguridad, la estela del mismo lugar J.57.1, a la que este autor atribuye una razonable datación conjetural de c. 650 - 625 a.C., si bien fue hallada en un contexto arqueológico de c. 525 - 500 a.C. A territorio indiscutiblemente tartesio pertenecen el grafito hallado en Huelva citado *supra*, con una datación c. 590 - 570/560 a.C., y la estela de Villamanrique de la Condesa (Sevilla) (J.52.1), cuya datación c. 600 a.C. es inevitablemente conjetural por no haber sido hallada en el curso de una excavación arqueológica sino que tal datación está basada en un posterior sondeo estratigráfico en el lugar del hallazgo (Pellicer 1983).

En consecuencia nuestro grafito aporta de momento el dato más antiguo de uso de la escritura tartesia, pero no es posible deducir de ello desde cuándo existía esta. La clara diferenciación respecto a la escritura fenicia no implica necesariamente un trecho temporal previo largo, porque la escritura paleohispánica primera, la tartesia, no es un uso específico de la escritura fenicia sino una escritura nueva, aunque basada en esta, por lo que desde el primer momento ha debido ser claramente distinta. Pero lógicamente tampoco excluye una datación alta para el momento de la creación, que, en todo caso, habría de ser probada con otros argumentos. Por otra parte, este hallazgo convierte, al menos teóricamente, al Castillo de D^a

³⁴ Esta cuestión es tratada por Correa (e. p.).

Blanca en un lugar probable de nacimiento de la escritura indígena, como ya lo era, y sigue siéndolo, *Onuba* (Huelva).

BIBLIOGRAFÍA

- Almagro-Gorbea, M. (2004): "Grafitos e inscripciones tartesias", *PalHisp* 4, 13-44.
- Correa, J. A. (1987): "El signario tartesio", *Actas del IV Coloquio sobre lenguas y culturas paleohispánicas (Vitoria 1985)*, (= *Veleia* 2-3), pp. 275-284, Vitoria.
- Correa, J. A. (1992): "La epigrafía tartesia", *Andalusien zwischen Vorgeschichte und Mittelalter* (Forum Ibero-Americanum, 7), eds. D. Hertel y J. Untermann, pp. 75-114, Köln.
- Correa, J. A. (1993): "El signario de Espanca (Castro Verde) y la escritura tartesia", *Lengua y cultura en la Hispania prerromana. Actas del V Coloquio sobre lenguas y culturas prerromanas de la Península Ibérica (Colonia, 25-28 de Noviembre de 1989)*, eds. J. Untermann y F. Villar, pp. 521-562, Salamanca.
- Correa, J. A. (2002): "Crónica epigráfica del sudoeste", *PalHisp* 2, pp. 407-409.
- Correa, J. A. (2004): "Los semisilabarios ibéricos: algunas cuestiones", *Estudios de lenguas y epigrafía antiguas (ELEA)* 5, pp. 75-98.
- Correa, J. A. (2005): "Escritura tartesia", *Escrituras y lenguas del mediterráneo en la antigüedad*, eds. G. Carrasco Serrano y J. C. Oliva Mompeán, pp. 289-305, Cuenca.
- Correa, J. A. (e. p.): "Identidad, cultura y territorio en la Andalucía prerromana a través de la lengua y la epigrafía", *Identidades, culturas y territorios en la Andalucía prerromana*, eds. F. Wulff Alonso y M. Álvarez Martí-Aguilar, Málaga (en prensa).
- Cunchillos, J.-L. (1990): "Las inscripciones fenicias del Tell de Doña Blanca (III). TDB 89001 y 89003", *Aula Orientalis* 8, pp. 175-181.
- Cunchillos, J.-L. (1991): "Las inscripciones fenicias del Tell de Doña Blanca (II)", *Sefarad* 51, pp. 13-22.
- Cunchillos, J.-L. (1992): "Las inscripciones fenicias del Tell de Doña Blanca (IV)", *Sefarad* 52, pp. 75-82.
- Cunchillos, J.-L. (1993): "Las inscripciones fenicias del Tell de Doña Blanca (V)", *Sefarad* 53, pp. 17-24.
- Cunchillos, J.-L. (1994): "Las inscripciones fenicias del Tell de Doña Blanca (I). Primera aproximación", *El mundo púnico. Historia, Sociedad y Cultura*, eds. A. González Blanco, J. L. Cunchillos, M. Molina, pp. 205-216, Murcia: ERM.
- Cunchillos, J.-L. - Zamora, J. Á. (2004): "La epigrafía fenicia del yacimiento del Castillo de Doña Blanca (El Puerto de Santa María, Cádiz)", *PalHisp* 4, p. 111-134.
- Cunchillos, J.-L. - Zamora, J. Á. (2005 e. p.): "The Phoenician inscriptions at the first occupation levels of the "Castillo de Doña Blanca" and their historical implications", VI *ICFPS*, Lisbon e. p.

- Faria, A. Marques de - Soares, A. M. Monge (1998): “Uma inscrição em caracteres do Sudoeste proveniente da Folha do Ranjão (Baleizão, Beja)”, *Revista Portuguesa de Arqueologia* 1/1, pp. 153-160.
- Fernández Jurado, J. - Correa, J. A. (1988-1989): “Nuevos grafitos hallados en Huelva”, *Huelva Arqueológica* X-XI, 3, pp. 121-142.
- Gomes, M. Varela (1997): *Estela epigrafada e necrópole de Barradas, Benafim, Loulé, Loulé*.
- Guerra, A. (2002): “Novos monumentos epigrafados com escrita do Sudoeste da vertente setentrional da Serra do Caldeirão”, *Revista Portuguesa de Arqueologia* 5/2, pp. 219-231.
- Hernández Hernández, F. (1985): “Nuevos grafitos de Extremadura”, *NAH* 20, pp. 219-224.
- Hoz, J. de (2005): “La recepción de la escritura en Hispania como fenómeno orientalizante”, en *El período orientalizante. Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida: Protohistoria del Mediterráneo Occidental. 1*, eds. S. Celestino Pérez, J. Jiménez Ávila, pp. 363-381, Mérida.
- Pellicer, M. (1983): “Yacimientos orientalizantes del Bajo Guadalquivir”, *Atti del I Congr. Intern. di Studi Fenici e Punici. III*, Roma, pp. 825-836.
- Rodríguez Ramos, J. (2000): “La lengua de las inscripciones sudlucitano-tartesias”, *Faventia* 22/1, pp. 21-48.
- Rodríguez Ramos, J. (2002): “El origen de la escritura sudlucitano-tartesia y la formación de alfabetos a partir de alefatos”, *Rivista di Studi Fenici* XXX/2, pp. 187-222.
- Rodríguez Ramos, J. (2004): *Análisis de epigrafía íbera*, Universidad del País Vasco, Vitoria.
- Ruiz Mata, D. - Pérez, C. J. (1995): *El poblado fenicio del Castillo de Doña Blanca (El Puerto de Santa María, Cádiz)* (Biblioteca de Temas Portuenses 5), El Puerto de Santa María (Cádiz): Ayuntamiento de El Puerto de Santa María.
- Ruiz Mata, D. (1999): “La fundación de Gadir y el Castillo de Doña Blanca: Contrastación textual y arqueológica”, *Complutum* 10, pp. 279-317.
- Untermann, J. (1997) (= *MLH* IV): *Monumenta linguarum Hispanicarum. Band IV. Die tartessischen, keltiberischen und lusitanischen Inschriften*, Dr. Ludwig Reichert Verlag, Wiesbaden.
- Zamora, J. Á. (2005): “La práctica de escribir entre los primeros fenicios peninsulares y la introducción de la escritura entre los pueblos paleohispánicos”, *Acta Palaeohispanica IX. Actas del IX Coloquio Internacional de Lenguas y Culturas Paleohispánicas (Barcelona, 20-24 Octubre de 2004)* (= *PalHisp* 5), pp.155-192.

José A. Correa Rodríguez
Universidad de Sevilla
e-mail: jacorrea@us.es

José Á. Zamora
C.S.I.C. (I.E.I.O.P., Zaragoza)
e-mail: jazamora@ieiop.csic.es

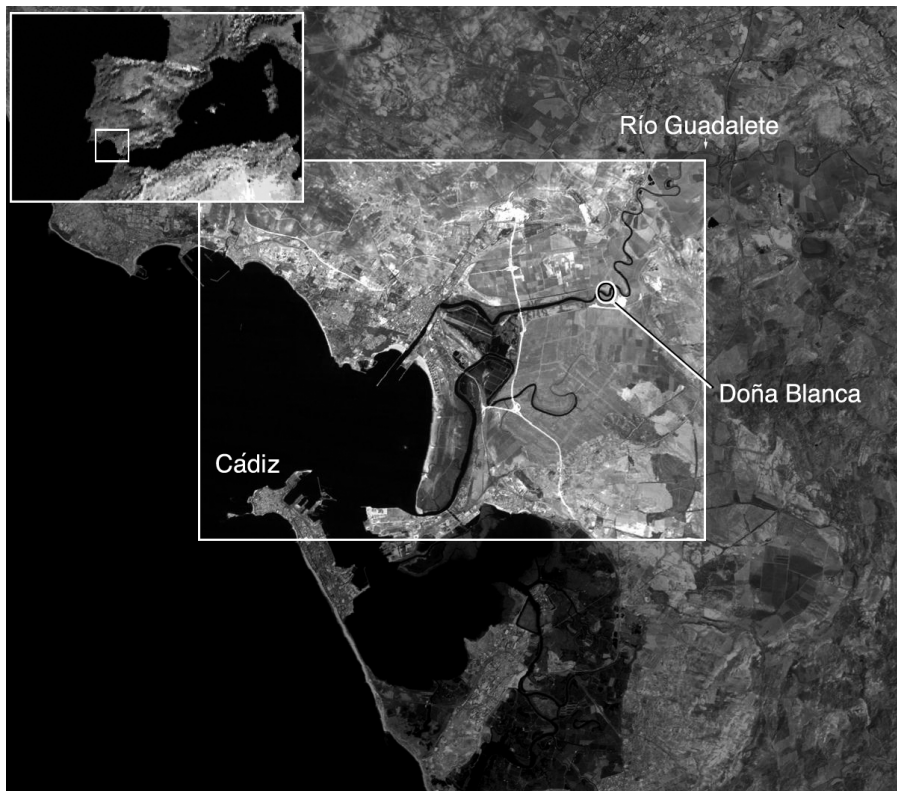


Fig. 1. Situación del yacimiento.

Un grafito tartesio hallado en el yacimiento del Castillo de Doña Blanca...

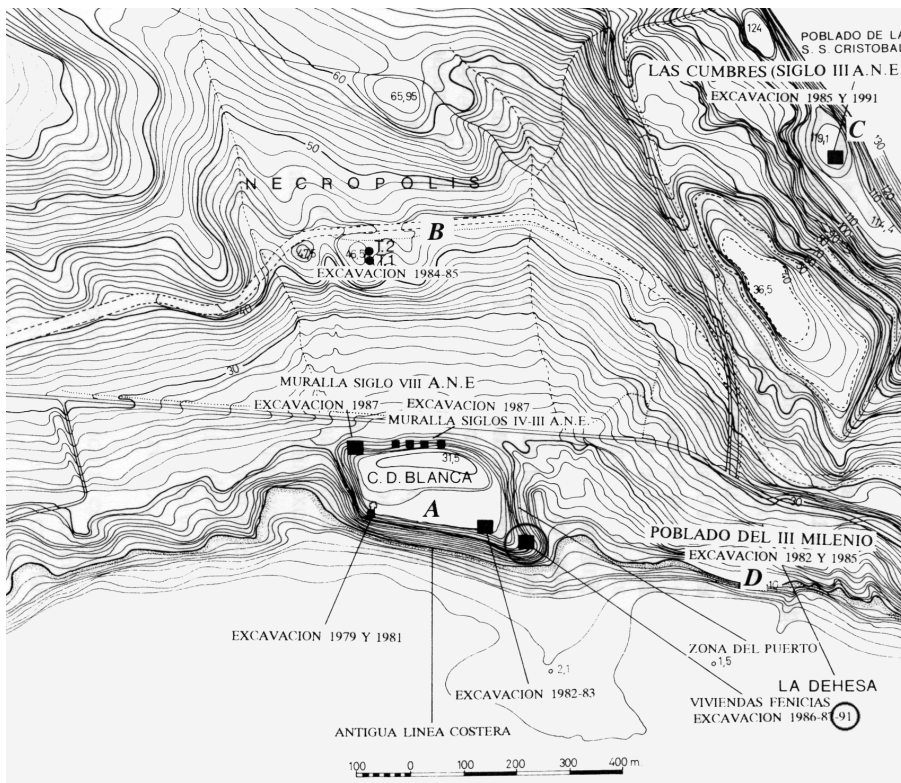


Fig. 2. Plano del yacimiento y zona de hallazgo del grafito.

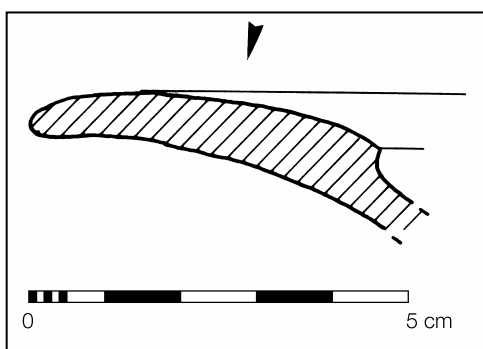


3a. Fotografía del soporte, con el grafito.

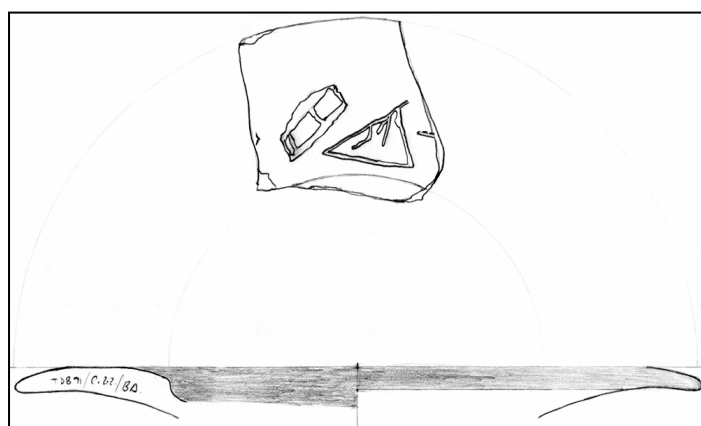


3b. Fotografía del soporte, con el grafito (detalle).

Un grafito tartesio hallado en el yacimiento del Castillo de Doña Blanca...












4a. Perfil del plato (dibujo de C. Pérez Pérez, pasado a tinta por A. M^a Niveau de Villedary)



4b. Reconstrucción de la pieza completa (croquis de C. Pérez Pérez)



5. Dibujo de los signos incisos

	A	E	O	U	otros
1 	1 (2)	1 (1)	14 (1)		2
2 	(1)	2 (1)	(3)		
3 		1			1
4 	2	9	1 (1)	1 (3)	4
5 				5 (1)	1
6 				1	
7 	1		1		
8 	1	2			
9 	1		1		

6. Tabla de signos “escalares”